Es Mayo, sin Camila

Karina Vergara

Sonó el teléfono a la una de la mañana. Medio adormilada fui a contestar. Era Camila, hace un año que no la veía.

- Tengo un problema ¿puedo pasar la noche en tu casa?
- Claro, pero ¿cómo vas a llegar si no tienes auto y vives muy lejos? ¿tomarás un taxi?
- En realidad, estoy aquí afuera de tu reja, sólo espero que me abras, por favor.

Salí corriendo en pijama a abrir. Mi mujer apenas murmuró algo desde su sueño entre las sábanas.

Camila. Toda vestida de negro. Los ojos grandes de miedo, en el rostro dos bofetadas bien marcadas. Sus manos finas, blancas y hermosas de uñas bien cuidadas. Temblaba mientras ponía azúcar en el té e hipaba el llanto.

Camis, mi amiga desde el bachillerato, que vigilaba que nadie viniese por el pasillo de la escuela mientras yo besaba a mi novia primera. Camis, quien me abrazó fuerte y sin preguntar, cuando esa novia me mandó al diablo. Quien me dio a beber leche tras mi primera borrachera, quien escondió a mi gato cuando lo corrieron de mi casa; Camis que me defendió ante el mundo entero cuando el escándalo de la escuela los enteró de que ésta, su amiga, era un tanto lesbiana. Camis quien me desesperaba tanto cuando exhibía las ideas reaccionarias de su familia. Camis quien hizo su camino y se fue alejando mientras yo intentaba el mío.

Pasaron muchos años de llamadas largas, reuniones cada dos meses con comidas que no terminaban. Un día se casó, de blanco, con pastel y aventó su ramo. No me invitó a su boda; parece ser que mi presencia y mi vida de manflora pervertida podrían incomodar a su madre, a su novio o a sus invitados. Me conformé con escucharla relatar por teléfono su aventura de modista, salón con menú incluido y pastel de tres leches o relleno de trufas.

La ví por última vez en un Vips. Nos reunimos para un café apresurado. Me dijo que su marido era ni bueno ni malo, ni más ni menos. Su mamá era tan feliz de verla casada, pues ya temía que se estuviera "quedando" a sus 35 años. Su padre, recién casado por tercera vez, ahora le proponía competencia a ver quién estrenaba bebé primero. No supe qué comentar. Preguntarle qué opinaba ella de todo eso, ya no me dio tiempo. Tenía que salir corriendo para que el flamante Víctor la encontrase dispuesta cuando volviese a casa.

Ahora la veía limpiarse la nariz con una servilleta de papel y renegar del marido para contar la historia de golpes y humillaciones ya demasiado conocida. Ella sólo agregó detalles de amenazas con armas y robos sistemáticos de dinero.

Dijo que llegó a mi casa temiendo que la buscara para matarla, pero segura de que era el único lugar al que Víctor no sabría cómo llegar ni encontrarla. Busqué en el sobre de los papeles sueltos y encontré un tríptico de un refugio para víctimas de violencia y de un par de módulos de atención a violencia intrafamiliar.

Luego, hice las preguntas tontas.

- ¿Por qué no levantaste un acta en el Ministerio Público? ¿por qué no estás en casa de tu familia? ¿por qué no dejas al tipejo?
- No tengo dinero, no tengo trabajo, no tengo amigos, no tengo nada. No podía dejarlo. He pasado la noche buscando refugio con mis padres, con mis tíos, con mis primos y en todos lados he escuchado la misma cantaleta: "No queremos meternos, porque cuando vuelvas con él, vamos a quedar mal." "Es la cruz que te tocó cargar" "...ni te atrevas a denunciar: la ropa sucia se lava en casa." "Óyelo bien, si esto se sabe, si levantas un acta te olvidas de que tienes madre... abuela... tía... prima."

Camila durmió unas horas en mi casa, al día siguiente, muy temprano y sin dejarme siquiera devolverle el vaso de leche que una vez ella me dio, salió porque tenía una entrevista de trabajo. Estaba nerviosa y apenada de que se le notase la cara hinchada. Me llamó a las seis de la tarde, todo había salido bien e iba por ropa limpia a su casa. A las diez de la noche le llamé yo porque no venía y no contestó.

Al día siguiente me llamó presa del pánico. Víctor le había hecho un corte en el cuello con una navaja, no era grave, pero en ese momento se encontraba en el MP, denunciando. Me ofrecí acompañarla. Dijo que no era necesario, su mamá ya estaba en camino.

No llamó en el resto del día; no contestó ninguna llamada.

Llamé a su padre y no sabía nada. Pero me tranquilicé porque no lo escuché preocupado.

Pasaron dos días, tres días y volví a llamar a su familia. Dijeron no saber nada, pero de seguro habría vuelto con su esposo y por eso no se comunicaba. Pensé :"¡Vaya! qué sangre fría."

Pasaron tres semanas, cuatro semanas, se acabó mayo y hoy, junio, si marco el teléfono de su casa responde la operadora inclemente: "El número que usted marcó está fuera de servicio, no es necesario que lo reporte...". Si voy a buscarla las vecinas cuentan que no la ven hace tiempo, pero que el marido se da sus vueltas para vigilar la casa. Si marco el celular suena interminablemente, pero nunca hay respuesta. Si llamo a su padre, una mujer responde diciendo que la señorita Carmen salió del país y que no puede dar informes.

Pregunté, también, y si no soy pariente directa no puedo levantar un acta por su desaparición. Ni siquiera sé si ha desaparecido.

Hago conjeturas, tal vez en realidad regresó con Víctor y le da pena decírmelo y por eso no quiere saber ya nada de mí; pero ella no es así, creo que sería capaz de decirlo. He contactado y enviado, por si ese fuera el caso a otras conocidas a buscarla, pero seguimos sin resultados. O Víctor le prohíbe comunicarse, su familia le censura mi mala influencia, se hartó de todos nosotros y se fue muy lejos o está en algún refugio secreto, no quiero pensar que nada más le pudo pasar.

Voy al trabajo, hago las compras, juego con las hijas, acaricio a mi gata y de pronto se me viene la imagen de mi amiga, la única vez que la he visto en un año: vestida de negro y llorando.

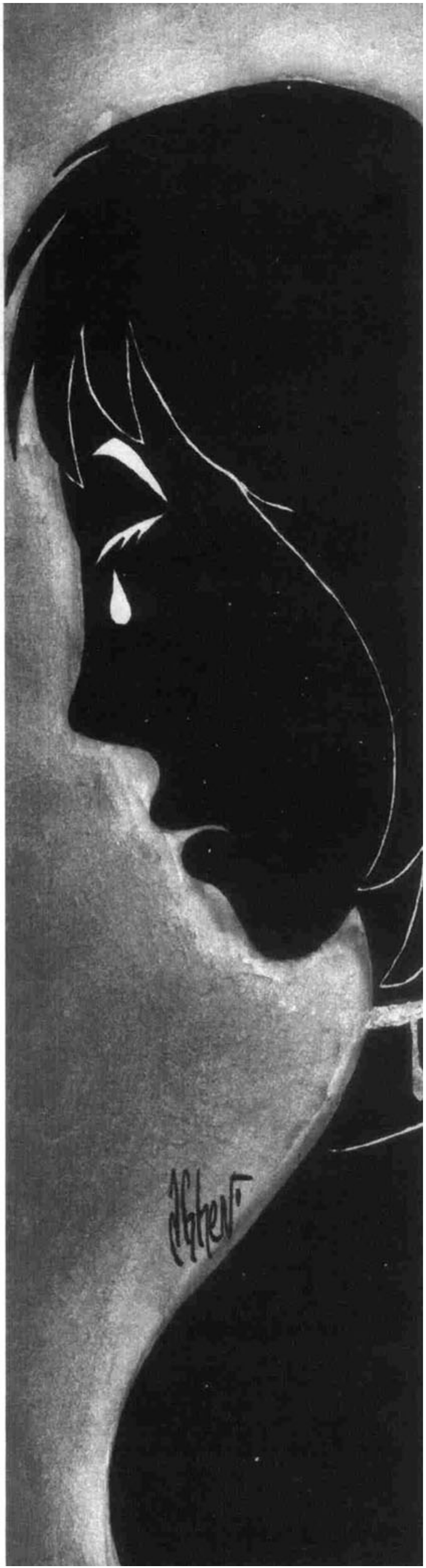
No sé cómo o qué pasó, sólo sé que la querida Camila se me perdió.

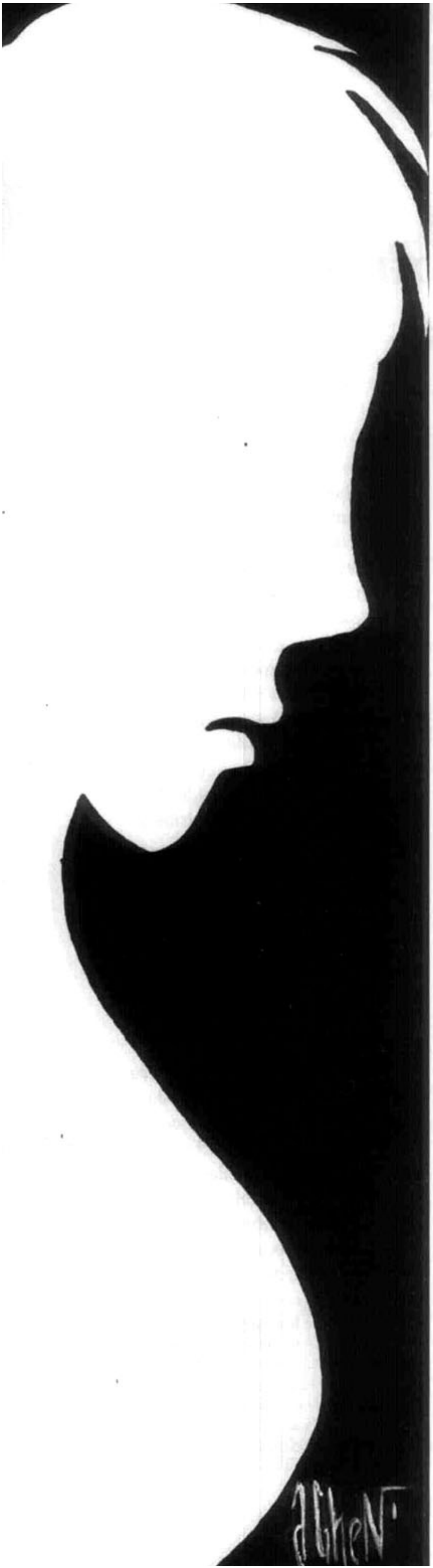
Sólo sé que soy una inútil y que duele estar secuestrada en la tristeza de no poderla saber.

Camis, ¿en dónde estás?

JULIO, SIN MI AMIGA

Es julio y a Camis todavía no he logrado verla. Hoy pienso en su





casa. En realidad, casita de interés social, casa que le habían dejado sus padres al separarse. Pintura no renovada por largos periodos y un sillón que siempre tuvo chueca una pata.

La casa de Camila era, en mi adolescencia, un refugio perfecto: Lugar lindo para charlar mientras ella servía pollo en salsa de queso, que le quedaba delicioso. Cama para dormir las tres amigas juntas (Flaca, Camila y yo) tras algunas crudas tremendas; para cambiarnos todas juntas, riendo y fumando antes de salir a algún antro. Para llorar y abrazarnos cuando nos dolía algo; para ver televisión, escuchar la radio o ver alguna revista porno sin que nadie nos molestara.

Luego, pasaron algunos años y fue el hospedaje feliz antes o después de algún viaje en grupo, el sitio del baby shower sorpresa que hicieron cuando iba a nacer mi hija, el vestidor previo a nuestras graduaciones, los nervios antes de la boda de alguna hermana querida. También fue la risa de una tarde en que llovía afuera.

Anoche llamó Flaca. La casa de Camila tiene un anuncio que dice: En venta.

La Flaca llamó al número anotado en el letrero, para pedir informes. Víctor, el tipejo golpeador, con poderes plenos, es el encargado de la transacción.

Pasé la tarde tratando de saber, de entender.

Me arde el estómago

Llamé al papá de Camila y me dijo que ella se ha reconciliado con Víctor, que tiene prohibido comunicarse con sus amigas, que ha roto relaciones hasta con sus familiares más cercanos y que la casa, a nombre de mi amiga, está en venta porque Víctor se quiere ir a vivir cuanto antes a Tijuana. Lo más seguro es que cuando se venda esa casa jamás se vuelva a saber nada de ella.

Carajo, Camila!!

No me digas que así, tan fácil es la cosa.

Alguien te lleva, te limita el contacto con amigos y familiares, alguien que, sabemos, te lastima; se deshace de tu único patrimonio. Todo ante nuestras narices e impotencia.

Te secuestraron de quien te quiere y tu diste un gritito pequeño, que no alcanzó para nada. Aquí no supimos escucharte. No supiste escaparte. No sabes y no sabemos cómo recuperarte.

Te roban. Te roban en nuestra cara y tenemos las manos atadas.

Investigué en el DIF, en el CIAM, hasta he consultado con una amiga abogada. Si tú no reaccionas, si tú no tomas la puerta, nadie puede hacer nada.

Camila ¿cómo podría hacerte llegar estas letras?

Camis, cómo decirte que no importa lo que haya pasado, cómo decirte que te quiero y que las puertas están abiertas para recibirte si alguna vez vienes corriendo.

Cómo hacerte saber que todavía estás a tiempo.

Camila está perdida... hasta de sí misma.

¡Ay, qué chingaderas! El estómago me arde tanto...

Me escamotearon una amiga. Me la fueron desdibujando.

Hoy, de plano, ni siquiera veo su sombra, no me queda de ella más que un lejano trazo.

No está perdida, está robada.

Se robaron una mujer en esta ciudad y no importa nada, no se puede hacer absolutamente nada.

Camila, no estás...

Camis, no estás...

Camis, cómo fue posible.